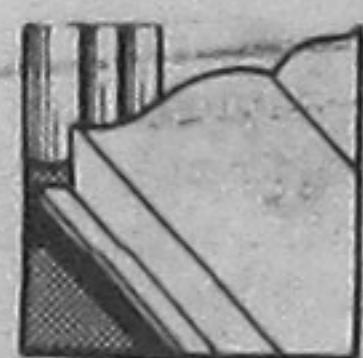


672
001 ✓

Fecha 13 DIC. 1991



LITERATURA

Crónica de fin de siglo

MESAS RESERVADAS

Eric Kraft

Traducción de José Luis
Fernández Villanueva

Ediciones Destino. Barcelona. 1991.
388 páginas.

Fernando Menéndez

Tras el revuelo que supuso *La hoguera de las vanidades* no sólo en el ámbito cultural y literario, sino también en el social, parece que en Estados Unidos se abrió la veda de los cronistas-escritores. *Mesas reservadas* pertenece a tal género. Se trata de, además de contar una historia, reflejar el estado de una época: con sus «héroes» y «traidores». Eric Kraft en *Mesas reservadas* anda a vueltas con eso que Lyotard, Habermas y compañía conocen como posmodernidad. A la novela no le falta de nada: antiguos «progres» que hoy son millonarios, personajes cargados de frivolidad, lujo, sexo, mitificación de lo joven, y, sobre todo, ironía y humor. Parece que estos dos últimos elementos son los llamados a salvarnos de la crisis de fin de siglo. En *Mesas reservadas* abunda la ironía. Su protagonista, a través de un narrador omnisciente, se enfrenta a todo

lo que le ocurre escudándose en su sentido del humor, más bien en su acidez. Aunque en *Mesas reservadas* no sucede nada fuera de lo común, y no por un afán de

realismo precisamente. El mejor acierto de Kraft en esta novela es el desdoblamiento de su protagonista: Mathew Barber, que es además B. W. Beath. Barber es el

hombre público y Beath el anónimo. Barber es ejecutivo de una empresa de juguetes y Beath es un seudónimo con el que el ejecutivo diurno firma importantes críticas gastronómicas en una revista de moda. Críticas que, en su mayoría, son concebidas con nocturnidad. Barber y Beath pertenecen a una misma fisonomía pero no se parecen en nada. Es más, Kraft los pone en desacuerdo bastantes veces a lo largo de la novela. El ejecutivo critica y se ríe de su entorno pero no es mejor que los demás: frívolo y obsesionado con las mujeres, sigue enamorado de su «ex», anda con una amiga suya y la hija quinceañera de esta última le despierta los más bajos instintos.

W. B. Beath es, en cambio, mucho más serio, más ético. Aparte de en algunos monólogos interiores, donde Beath se despacha a gusto, es en las críticas gastronómicas que aparecen al final de cada capítulo: auténticos estudios sociológicos. No es casualidad la elección por parte de Kraft. Cada capítulo se desarrolla en su mayor parte en restaurantes distintos donde, casi siempre, se puede observar el comportamiento de la más variada fauna de una ciudad.

Un segundo acierto de Kraft

en *Mesas reservadas* es el personaje que Barber llama «el graffitista pulcro». Se trata de un tipo que hace «graffitis» por las calles y que, según avanza la novela, va adquiriendo trascendencia. Kraft interpone los mensajes del «graffitista» entre Barber y sus decisiones, su destino. El «graffitista» dispara cosas del estilo de: «El sábado estuve comiendo pollo aquí, en este lugar, y estaba bastante bueno, pero tenía un sabor amargo en mi boca que lo estropeó todo. Así son las cosas».

Los méritos estrictamente literarios de *Mesas reservadas* no están más allá de los dos aspectos señalados (son carencias que uno sospecha ya haber notado en *La hoguera de las vanidades*). Kraft nos ofrece diversión, humor, variedad, demuestra conocer bien cómo se vive y qué es lo que se vive. Utiliza un estilo descriptivo y ni busca riesgos estéticos ni de otro tipo.

Aunque, eso sí, uno sabe que está de moda decorar un salón inglés con un caballito de cartón o que los niños bien adoran a Bob Marley y se pregunta: ¿es eso posmodernidad? Después de leer *Mesas reservadas* quizás sea más fácil encontrar una respuesta.

